

## MIGRACIÓN Y CULTURA

## Los tres entierros de Melquíades Estrada<sup>1</sup>

*Bolívar Lucio*

Cuando Melquíades Estrada apareció en la puerta del granero, era claro que había viajado varios días bajo el sol del desierto. Era claro que venía del otro lado de la frontera y que tenía sed. Al saludar, pide trabajo al grupo de hombres que estaban reunidos dentro. “¿Qué clase de trabajo?”, pregunta uno de ellos, Pete, en español; “Soy vaquero”, contesta Melquíades. Así que trabajan, hay camaradería; puede adivinarse que es así porque el trabajo es humano, las relaciones entre iguales. Al final de las jornadas, el cielo como la vida pasando por sus cabezas, Pete y Melquíades conversan: el forastero le dice a su anfitrión que la vista de su pueblo le quitaría el aliento. Muestra a Pete, su empleador en EEUU, una fotografía de su familia; como siempre, son la condición del viaje y la razón del regreso. Melquíades es tímido, trabajador, lacónico, no habla inglés. Pete ha vivido la vida que le ha hecho falta y por eso ve con comprensión más que con paciencia que un migrante sin documentos haya aparecido en la puerta del granero y pidiera trabajo.



Un día Melquíades está arriando unas cabras a su redil. Él que temía que en cualquier momento la “migra” lo detendría, justo entonces era ajeno a cualquier peligro. Ve que se ha acercado un coyote y decide cazarlo. Los tiros alertan a un guardia de frontera que vigilaba en los alrededores, no se da cuenta de la intención de los disparos, apunta y lo mata. Tarde, comprende el error. El guardia improvisa un entierro, el primero. Una semana después, el cuerpo es descubierto por unos cazadores quienes lo notifican a la Policía. Solo su amigo Pete está en la morgue para reconocerlo. Él, piensa en la promesa, quiere avisar a la familia, pide que no lo entierren sin contárselo; pero el jefe de la estación no lo hace. El segundo entierro fue, también, impersonal e improvisado.

Pete llega a saber quién es el guardia que mató a Melquíades. Como no se haría justicia, deja las convenciones, busca al guardia y lo rapta, obligándolo después a desenterrar el cuerpo de Melquíades. La mañana siguiente, sobre mulas y caballos, los tres invierten el curso usual de las migraciones: Pete, el guardia y Melquíades buscan cruzar la frontera de norte a sur. El desierto no es menos inclemente con ellos, pero a Pete le mueve una promesa; el guardia, en cambio, teme por su vida, piensa que Pete se ha vuelto loco. En el camino encuentran un grupo de migrantes y guiados por un coyotero. Este les muestra por dónde pueden cruzar, también, pide dinero.

Aunque mientras viajaban el mundo parecía no haber cambiado y menos para los migrantes, al sur de la frontera encuentran una solidaridad desprendida y nueva. Al llegar, Melquíades reservaba una sorpresa para Pete y el guardia. La mujer y los niños en la fotografía que mostró, no eran su esposa, ni sus hijos. Su pueblo, no era ni un caserío, ni un rancho; no existía, nunca existió. El lugar al que se refería era solo una casa en ruinas, esto es lo que, aunque arrepentido por haber matado a un hombre inocente, veía el guardia. Pete en cambio veía, en todo detalle, lo que vio Melquíades. Descansando en su tierra, él mismo existía en la promesa consumada, en su tercer y último entierro. Un migrante, que podía haber salido de la nada, daba una lección.

<sup>1</sup> Dirección: Tomy Lee Jones; guión: Guillermo Arriaga (2005).